

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

VI

Capítulo 121: Feliz cumpleaños

Eran más de las once de la noche del martes, menos de una hora antes de que Rosvitha cumpliera 218 años. Sin embargo, la estrella del cumpleaños aún no había regresado.

Leon había planeado inicialmente llevar a Muen con él, queriendo sorprender a la madre y a la hija y compensar el año pasado, cuando Muen se perdió ver a su padre despertarse en el cumpleaños de Rosvitha.



Pero ya era muy tarde, y Muen hacía rato que se había quedado dormido. Noia había regresado a la Academia St. Hys ayer por la mañana.

Mañana, cuando Muen despertara, podría decirle felizmente: "¿Adivina qué, cariño? ¡Papá pudo ver el cumpleaños de mamá este año!"

Muen seguramente estaría encantado. Pero la pregunta seguía siendo: ¿qué tal esta noche?

La razón por la que León había aceptado organizar la fiesta de cumpleaños de Rosvitha en primer lugar se debió en gran medida a que ella mencionó a sus hijas.

Pero ahora, con las hijas ocupadas con la escuela y durmiendo, parecía como si hubiera organizado esta sorpresa de cumpleaños específicamente para Rosvitha.

León se sentó en el sofá de la habitación de Rosvitha, olfateando, "¡Madre Dragón Astuta, el año que viene no me molestaré con tu cumpleaños!"

Por ahora, se las arreglaría. Sí, se las arreglaría...

Mientras tanto, Rosvitha caminaba hacia su habitación, cargando varias cajas de regalo.

Aunque los dragones solo celebraban sus cumpleaños cada diez años cuando eran adultos, invitando a amigos y familiares a asistir a un banquete, eso no significaba que no recibieran pequeños regalos ese día.

Las cajas de regalo que sostenía contenían regalos de su hermana Isabella, de la criada jefa Anna y de algunas compañeras de clase con las que se había llevado bien durante sus primeros años de escuela.

Se había quedado un poco más de tiempo en el trabajo esa noche para atender algunos asuntos, por eso regresaba tan tarde.



Ella había querido ir a ver a su hija, pero normalmente a esta hora Muen ya estaría dormido, así que Rosvitha decidió no hacerlo.

Además... no había visto a Leon en todo el día, salvo en la mesa. ¿Quizás se escondía porque no había organizado bien el cumpleaños?

Rosvitha negó con la cabeza, decidiendo no especular. Parecía que esta noche terminaría así, sin nada especial.

Regresó a su habitación, a punto de abrir la puerta, pero la encontró entreabierta. A través de la rendija, vio que la habitación estaba a oscuras.

Rosvitha, con las manos llenas de cajas de regalo, parpadeó, reflexionó un momento y luego empujó suavemente la puerta con el hombro. "Leon, ¿estás en mi habitación...?"

¡Auge!

En cuanto entró en la habitación, las luces se encendieron de repente, seguidas de un sonido apagado. Varias serpentinas cayeron suavemente sobre el cabello plateado de Rosvitha.

Rosvitha se sobresaltó un poco por el repentino sonido, y antes de que pudiera reaccionar, sus ojos quedaron cubiertos por detrás. Era León. Estaba muy familiarizada con la sensación de su tacto.

Y en todo el Templo del Dragón Plateado, aparte de él, nadie se atrevió a irrumpir en su habitación y vendarle los ojos.

Maldita sea, ¿dónde estaba el poder que debería tener un cautivo? En fin, se suponía que los cautivos no debían celebrar sus propios cumpleaños. Al pensarlo, Rosvitha se sintió un poco aliviada.

“Feliz cumpleaños, Madre Dragón”, dijo una voz familiar desde atrás.

Rosvitha no se resistió, simplemente permaneció en silencio en su lugar, sosteniendo los regalos.



Vaya, el sinvergüenza. ¿De verdad había logrado sorprenderla sin que se diera cuenta?

Después de un breve momento de alegría, Rosvitha bromeó: “¿No sería mejor si reemplazaras 'Madre Dragón' con mi nombre?”

“La próxima vez, lo prometo.”

Rosvitha se rió entre dientes: “Entonces, ¿es una costumbre humana vendarle los ojos a alguien y desearle un feliz cumpleaños?”

León pensó un momento. «No del todo. Ahora, camina despacio hacia la sala. Te espera otra sorpresa».

Rosvitha se encogió de hombros y empezó a caminar lentamente, con León de pie detrás de ella, guiándola con suavidad y observando sus pasos. «Levanta los pies un poco más. Hay un escalón en la entrada».

"Bueno."

Juntos, la pareja entró lentamente en la sala. Rosvitha olfateó el aire y percibió el aroma de velas encendidas. Estaba desconcertada. ¿También encendían velas para los cumpleaños? ¿Era otra costumbre humana?

Pero justo cuando estaba a punto de preguntar, percibió un ligero olor mezclado con...

“¿Aroma cremoso?”

Crema.

Maldita sea.

En el momento en que Rosvitha pensó en la crema, todo su ser dragón se sintió incómodo.



La escena de ser bombardeada con bollitos de crema durante el día de deportes escolares estaba vívida en su mente, provocando que quisiera correr ante el mero olor a crema.

—Sé lo que piensas, pero no es lo que piensas —la tranquilizó León, todavía cubriéndole los ojos—. ¿Estás lista? Voy a soltarte ahora.

—Está bien —respondió ella, preparándose para untar bollitos de crema en la cara de Leon si eso era lo que la esperaba cuando abriera los ojos.

Al instante siguiente, Leon retiró lentamente las manos de sus ojos. Después de que Rosvitha se acostumbrara a la luz, bajó la vista y vio un pastel enorme en la sala.

El pastel era al menos tan grande como una mesa de centro, lo que explicaba el intenso aroma a crema. También había pequeños trozos de fruta, principalmente naranjas, con fresas y mangos como decoración.

Además, en la capa superior del pastel, había una línea de palabras escritas en mermelada: "Feliz cumpleaños, Rosvitha".

Rosvitha contempló el espectáculo que tenía ante sí y no pudo evitar maravillarse. Había visto muchos pasteles y recibido muchas felicitaciones de cumpleaños antes.

Pero combinar ambos y hacer un pastel de un tamaño tan exagerado era algo que nunca había visto. Rosvitha apartó los regalos que sostenía y preguntó: "¿Los humanos siempre comen pastel en sus cumpleaños?".

"Sí, es una especie de tradición", respondió León.

Rosvitha asintió pensativa. "¿Son todos así de grandes?"

No, no todos. A eso me refería antes cuando dije que, aunque los cumpleaños siguen un patrón, los detalles pueden variar.

Solo veo un pastel más grande que mi mesa de centro. ¿A qué detalles te refieres?



Las velas. Cuéntalas. Hay exactamente doscientas dieciocho velas, de tu edad.

Había bastantes velas, pero Rosvitha no se molestó en contarlas. No era de extrañar que Leon hubiera elegido un pastel tan grande; simplemente no había espacio para más de doscientas velas en un pastel más pequeño.

Se acercó al pastel enorme, la luz de las velas se reflejaba en sus ojos plateados.

Aunque no entendía muy bien por qué los humanos tenían esas costumbres para los cumpleaños, la novedad dejó a Rosvitha bastante satisfecha. Le impresionó la habilidad de León para preparar un pastel tan grande en tan solo unos días y mantenerlo todo en secreto.

¿Era realmente el mejor cazador de dragones, capaz de ocultar su paradero con tanta eficacia? Incluso Rosvitha creía que intentaba engañarla.

Rosvitha extendió sus delicados dedos y raspó ligeramente un poco de crema del pastel, luego la probó. Era muy dulce, pero nada abrumador.

Era mil veces mejor que los profiteroles. La dulzura la animó y sonrió. Dándose la vuelta, felicitó a Leon: «Lo hiciste muy bien. Los cumpleaños humanos... son bastante interesantes».

“Aún no ha terminado”, dijo León.

Los ojos de Rosvitha se iluminaron. "¿Hay algo más?"

Inesperadamente, se encontró esperando con ansias qué más podrían inventar los humanos.

Al ver la sonrisa pícaro de León, Rosvitha se acercó al pastel con él. Señaló las velas y dijo: «Apaga las velas y pide un deseo».



¿Eh? ¿Por qué tengo que soplar las velas para pedir un deseo? Y... ¿pedir un deseo en tu cumpleaños realmente lo hace realidad?

No está garantizado que se cumpla, pero es para la buena suerte. Y soplar las velas es imprescindible, si no, el pastel no se puede mover.

Rosvitha miró las doscientas dieciocho velas y no pudo evitar tragar saliva nerviosamente. "¿De verdad tengo que apagarlas todas? ¿No puedo saltármelo?"

—No, dijiste que querías seguir estrictamente las costumbres humanas.

La sonrisa de León se volvió más traviesa. «Su Majestad, por favor, sople».

Rosvitha lo miró con los ojos entrecerrados; cualquier rastro de alegría o gratitud que acababa de surgir en ella se disipó rápidamente. «¡Perro de hombre! Sabía que no celebrarías mi cumpleaños con sinceridad».

Bueno, ella explotaría. Pero si él quería jugar, tampoco debía esperar una vida fácil.

Agarrando a Leon del brazo, Rosvitha y su esposo se inclinaron juntos frente a las velas del pastel. "Apaguémoslas juntos".

"¿Por qué tengo que soplar las velas contigo en tu cumpleaños?" El corazón de León dio un vuelco, tratando de resistirse.

"Soplar velas con la reina debería ser un honor para una cautiva como tú, ¿no?"

"..."

"Apresúrate."

Rosvitha tiró de su manga, mostrando una especie de determinación que no soltaría hasta que él explotara.

Bien, cavó un hoyo y saltó dentro.

La pareja intercambió miradas, luego respiraron profundamente simultáneamente, llenando sus pulmones hasta el borde, y luego soplaron hacia las 218 velas que tenían frente a ellos.

"¡Huf, huf, tos, tos!"

Una vela tras otra se fueron apagando hasta que ambos desventurados esposos se quedaron sin aliento; solo entonces todas las velas finalmente se apagaron.

Se apoyaron uno en los hombros del otro, respirando el aire fresco.

Tras un ligero alivio, Rosvitha lo fulminó con la mirada. "¡Los humanos son realmente aburridos! ¿Cómo puede existir semejante costumbre!"



Vamos, en circunstancias normales, suele haber solo una o dos docenas de velas, quizá unas veinte. ¿Quién es como tu raza de dragones, con cientos de velas cada vez?

Rosvitha se burló, enderezándose. "¿Y luego? ¿Pedir un deseo sobre el pastel?"

"Sí."

"¿Puedes desear algo?"

León asintió. «Sí. Pero es solo para la buena suerte, no tiene base científica, así que no me culpes aunque no se cumpla».

"Oh... ¿Puedo decir mi deseo en voz alta?"

"Tú decides."

Rosvitha se giró para mirar el pastel, luego cerró los ojos y juntó las manos. "Ojalá..."

León también escuchó atentamente, curioso por saber qué podría desear esta madre dragón.

"Que mi cautivo nunca escape."

León puso los ojos en blanco y su lengua materna se convirtió en mudo.

"Madre Dragón, ¡los deseos no funcionan así!"

Ocúpate de tus propios asuntos. Es mi cumpleaños y pediré lo que quiera.

León hizo un gesto con la mano, sin querer discutir con ella. Tomó el cuchillo grande que tenía cerca. "Ya podemos comer el pastel. ¿Qué pedazo quieres?"

Rosvitha se frotó la barbilla, su mirada vagando de un lado a otro del gran pastel, hasta que finalmente se detuvo en las palabras «Feliz cumpleaños». «Este».



León cortó ese trozo y se lo entregó a Rosvitha. Luego recortó la parte de "Rosvitha" del lado izquierdo de "Feliz Cumpleaños" y se la colocó delante.

Rosvitha frunció el ceño. "¿Qué haces?"

—Comiendo Rosvitha —respondió León con calma.

"Tú...!"

Le dio un mordisco; la mermelada que contenía era ácida y dulce.

Después de terminar, no pudo evitar comentar: "¿Rosvitha tiene un sabor realmente bueno!"

Rosvitha apretó los dientes para sus adentros. Juró que cuando llegara el cumpleaños de Leon, sin duda cortaría "Leon" y se lo pintaría con furia en la cara, ¡obligándolo a comerse su parte!



La sesión de comer pastel también había terminado.

Rosvitha se puso las manos en la cintura y empezó a contar: «Soplar las velas, pedir un deseo, cortar el pastel y comerlo, listo. Mmm...».

León ladeó la cabeza. "¿Qué pasa? ¿No estás satisfecho?"

Anteriormente, Rosvitha había dicho que si no estaba satisfecha, León tendría que buscar algo más para ella.

Rosvitha pensó un momento y asintió. «No estoy del todo satisfecha».

Ya era bastante divertido, pero Rosvitha quería provocar a Leon un poco más, para ver si tenía otros trucos bajo la manga.

-¿Qué pasa? -preguntó León.

Rosvitha miró a su alrededor, su mirada finalmente se posó en la pila de pequeños regalos que acababa de recuperar, y preguntó: "¿Y mi regalo de cumpleaños?"

**“Cuando los dragones celebran cumpleaños, no hay pasteles, ni deseos, pero existe la tradición de dar regalos, ¿verdad?”
León no pudo resistirse a bromear.**

Rosvitha resopló levemente. «Olvidalo si no hay ninguno. Este cumpleaños apenas cuenta como tu trabajo cumplido».

¿Apenas califica?

Lo siento, ;no existe tal cosa como “apenas califica” en el diccionario de vida de Leon Casmode!

**Hizo un gesto hacia el balcón levantando la barbilla.
"Sígueme".**



“¿Para qué?” preguntó Rosvitha.

—Para ver el regalo que te he dado —respondió León.

Con eso, León caminó hacia el balcón y Rosvitha lo siguió.

La pareja estaba una al lado de la otra, mirando el profundo cielo nocturno.

“¿Dónde está el regalo?” preguntó Rosvitha.

En lugar de responder, León levantó lentamente su mano derecha, preparándose para chasquear los dedos.

“¿Qué significa esto?” preguntó Rosvitha confundida.

Quebrar-

Una luz azul surgió del bosque distante y atravesó el cielo.

Rosvitha miró en dirección a la luz. "¿Es eso... un rayo?"

La deslumbrante luz azul se reflejó en los ojos de la Reina Dragón Plateada. Bajo su mirada, la luz convergió, se separó y se recombino gradualmente.

Al final, se convirtió en una frase corta en forma de un rayo en el cielo nocturno:

“Rosvitha, feliz cumpleaños.”

En su 218.º cumpleaños, justo un minuto antes de que terminara, Leon Casmode le había escrito esta bendición en el cielo. Única, fugaz.

Resultó que cuando estuvo en su balcón hace unos días, estaba eligiendo el ángulo correcto... Este tipo... Él sí lo pensó bien.

Sin embargo, los rayos no podían durar mucho, ni siquiera con magia. Así que este "feliz cumpleaños" compuesto de rayos duró menos de cinco segundos, desapareciendo en el vasto cielo nocturno.



Pero eso fue suficiente.

—Sólo cosas fugaces... —murmuró Rosvitha suavemente.

León terminó la frase por ella: “—tienen un significado que vale la pena apreciar”.

Ella giró la cabeza. “¿Te lo contó Anna?”

—Anna me lo contó. Por tu reacción, supe que estabas satisfecho —dijo León.

Rosvitha no discutió más. Asintió. «Sí, muy satisfecha. No esperaba que fueras tan buena organizando cumpleaños».

“Por supuesto”, dijo León con orgullo.

¿Ah, sí? ¿Cómo?

León hinchó el pecho con orgullo. «Siempre he sido yo quien organiza los cumpleaños de mi familia. Se me da bastante bien».

Si no fuera por la bendición del rayo que le salvó las apariencias, Rosvitha ya lo habría echado del balcón.

Traducido por:

จกข๑ - **RexScan**

